

Debate con Gregorio Morán: La leyenda se vino abajo

Con la participación de Laureano Bonet, Francisco López Frías, Jordi Gracia, Anna Caballé

ANNA CABALLÉ: Para abrir el debate me gustaría señalar tres aspectos vertebradores del libro de Gregorio Morán y sobre los cuales podría organizarse la discusión. Francisco López Frías me decía el otro día que este debate debería ser el primero de varios porque el libro da mucho de sí. Y efectivamente a todos los que estamos aquí el libro nos ha suscitado infinidad de cuestiones que no podemos agotar hoy. Pero, retomemos esto en el futuro o no, intentemos de alguna manera señalar los motivos centrales de su interés. El primero es la voluntad de construir la biografía crepuscular de Ortega. Tú tomas a Ortega en un momento determinado: cruza la frontera de Lisboa a España, año 45, acompañado de su hijo Pepe y a partir de aquí y hasta el año 55, en que muere, le sigues en sus últimos diez años de vida, años muy significativos. Sitúas en el 45 la voluntad de fundamentar una autarquía intelectual por parte del gobierno español. En fin, esa voluntad de encontrar correspondencias con los regímenes totalitarios ya no tiene razón de ser y hay que buscar las raíces en la propia historia de España. Y señalas que en el año 56 hay un cambio; el nacimiento de otra España. La biografía de Ortega, para mí, es apasionante. Por otra parte, tienes la voluntad, que creo que será aquí el aspecto más polémico, de hacer la radiografía intelectual de esos años. Para ti es un erial y creo que lo dices no tanto porque no haya apuntes de una vida cultural que la hay, sino, sobre todo, porque el contexto del país es un páramo y todos hemos crecido en un auténtico yermo donde la dominante es el autodidactismo y la represión.

El tercer aspecto que me gustaría que se comentara es el de la metodología seguida. Seleccionas una serie de datos, elementos en los que te apoyas para construir esa trama, el dibujo del tapiz. Unos elementos muy precisos; un comentario, una frase de una carta, una frase de un discurso, un pasaje, una idea... A mí esto me interesa muchísimo porque una biografía no deja de ser una voluntad de construir

una realidad literaria a partir de una serie de elementos previamente seleccionados. Tú haces tu propia elección de los elementos y eso muestra una clara posición respecto del perfil que quieres trazar, si no en vez de estos elementos hubieras elegido otros.

Pero las fuentes que utilizas, casi nunca aparecen precisadas, aunque lógicamente están en la base de todo el libro.

Por último, la cuestión del estilo que a mucha gente le ha parecido excesivamente provocador y combativo. Utilizas muchos, quizás demasiados, adjetivos calificativos, tomas posición continuamente, denostas a los personajes... Hay quien opina que si te hubieras limitado a una descripción de los hechos la lectura resultaría menos polémica y la tesis habría salido fortalecida. Debemos comentar si es el estilo adecuado para una biografía.

FRANCISCO LÓPEZ FRÍAS: En primer lugar, me alegro de que por fin nos hayamos reunido. Tengo el libro muy subrayado, lo he leído atentamente. Me interesa muchísimo el apartado que habla de los posibles discípulos de Ortega. Él insistía mucho en lo de la generación y no sé si he acabado de entenderlo en tu libro, como otras cosas de su pensamiento. El tema de la generación lo usas de una manera correcta cuando hablas de los falangistas, de los nacionalcatólicos. Yo creo que el concepto de generación en Ortega es cronológico, de la gente a la que le afectan circunstancialmente las mismas cosas. Y aquellas cosas no tienen la misma objetividad para todas las personas. Esto nos lleva a otros conceptos que, si no hoy, otro día, deberíamos tratar. Por ejemplo, el concepto de perspectiva en Ortega. Yo veía esta posguerra, por ser de esta generación en el sentido de que padecíamos la misma España, muy parecida a la tuya. Las únicas objeciones que te voy a poner van a ser desde este punto de vista. Es un autor [Morán] que se moja mucho, valiente, un

hombre que trabaja... Las fuentes en que bebes no son para mí tan importantes como el conocimiento del pensamiento filosófico, pero veo que las cosas están bien documentadas. Las citas de Ortega respecto a lo que habla de Marías o de la mujer de Marías no sé si están tomadas de un extremo de una carta donde hay otras cosas que las contradigan. Porque, por ejemplo, la mujer de Julián Marías [Lolita Franco] tiene escrito un libro que se llama *España como preocupación* donde hay un artículo, *El brillo de su ausencia*, que no casa mucho con lo que tú dices. Pero con tu libro he aprendido mucho de una época que conocí aunque no he tenido nunca mucha curiosidad con los detalles de su vida personal que tienen incidencia muy relativa en una obra portentosa que constituye su verdadero legado para el futuro. No me parece metodológicamente correcto juzgar aisladamente los diez últimos años de una vida.

AC: La figura de Julián Marías y la consideración que, según Morán, le merece a Ortega es un punto clave del libro.

LAUREANO BONET: A raíz de la polémica que se ha organizado sobre la imagen destruida de Julián Marías, yo pensaba que sería más sangrienta. No creo que sea tan destructora. Hay algún desprecio, muy propio de la psicología de Ortega, algún desplante, alguna bromilla...

JORDI GRACIA: Y algún comentario más bien del propio Gregorio Morán.

GREGORIO MORÁN: Los comentarios de Ortega son absolutamente demolidores. Que le espete eso, más o menos, de "Juliancico, Juliancico, ya le he dicho que la filosofía no es lo suyo" a un hombre que se dedica a la filosofía... ¡Que al supuesto heredero del pensamiento de Ortega el Maestro le diga que se dedique a otra cosa...!

JG: Una de las claves del libro está, precisamente, en detectar los registros en los que se habla. Eso es una correspondencia privada, son asuntos que tienen que ver con el grado de confianza que pueda haber entre las personas y, desde luego, el valor que tenga ese tipo de testimonio de Ortega, que en público no hubiese formulado jamás, en privado tiene otro sentido. Yo no tomaría esa frase en términos literales. Del mismo

modo que tampoco tomaría en términos literales tanta cantidad de retórica banal y, absolutamente, prescindible como es la del nacionalcatolicismo, que es la base documental del libro en lo que hace al retrato del panorama cultural. Creer que tienen el mismo peso esos dos registros en los que está escribiendo Ortega en privado y lo que después es lo público me parece que es falta de perspectiva. Es decir, mi mirada sobre el libro es apasionada, pero es menos complaciente que la que acaba de formular Paco porque he tenido muchos motivos de irritación. Empezando por uno que leo a propósito de un artículo de Miguel García Posada que ha aparecido hoy en la prensa y dice: "Algunos dicen ahora que fue el franquismo un período mucho más complejo de lo que suele proclamarse". Es verdad. Y aquí tengo la impresión de que se tiende a una imagen excesivamente estereotipada del nacionalcatolicismo que, desde luego, es risible pero eso no resume quince años de cultura española. Precisamente, el último capítulo es el más complicado de todos, pero yo sigo sin apreciar una voluntad real de entrar en la insinuación, en la complicidad, en la dimensión callada, en aquello que no puede formularse explícitamente, en el sentido de los silencios e, incluso, en el valor de Marías. ¿Quién escribía lo que escribe Marías en los años 40 o en la primera mitad de los 50? Muy poca gente. Ahora, que Marías nos resulte plúmbeo, que a veces sea obvio, que a menudo resulte con escasa relevancia... Poniéndolo en el contexto que escribía él a lo mejor sería bueno aplicar la perspectiva historicista de qué era posible decir y qué no era posible publicar entonces. La perspectiva liberal de Marías en ese momento es muy minoritaria y, desde luego, si alguien lo pasó mal fue Marías. Es Ortega quien cobra, no Marías que ni lee la tesis, que no tiene ninguna posibilidad en la vida pública y oficial y que tiene que escribir, como un loco, libros a toda pastilla. Me parece que se podría aplicar un poco cierta voluntad de matiz en lo que representa Marías en ese momento.

FL: Aparte de que me pareces muy injusto con Julián Marías, yo tengo la espina más clavada con lo poco que dices de Antonio Rodríguez Huéscar quien creo es el único discípulo de Ortega que ha hecho "metafísica de la vida" como profesor en la Universidad de Puerto Rico entre el 55 o el 56 y el 70. Pero Julián Marías me dio unas referencias muy importantes. El

pensamiento de Ortega. Estuve en su casa el día antes de que asesinaran a Carrero Blanco. Fui con una carta de presentación de una amiga suya de Barcelona, Amalia Tineu, y le llevé mi tesina, que nunca he publicado. Me hizo ver cómo se leía *La rebelión de las masas*. Casi toda la obra de Ortega, por lo que ahora puedo opinar, es un poco como leer el último capítulo de esa obra, ver cómo se dice que todo *desemboca en la verdadera cuestión* y a ella dedicarle sólo página y media. Lo que parece una tomadura de pelo... que la verdadera cuestión sea así de corta. Igual que el prólogo a *Las aventuras del Capitán Contreras*. Uno se divierte mucho, pero no se entera de nada. Salvo de los ingredientes circunstanciales de una vida interesante que no es sólo *circunstancia* sino algo más. Ahora, en filosofía política que es mi asignatura, a los estudiantes les hago leer *El origen deportivo del Estado* completo aunque yo mismo me saltaba los párrafos uno y dos. Pensaba que era un error de los editores. Me volvía loco buscando las cosas de un lado a otro, incluso creía que don Gaspar de Mestanza era un tipo que había existido. ¿Estó es culpa de los editores? Pues, efectivamente, don Gaspar de Mestanza es la prolongación de la biografía de Ortega hacia el pretérito para poder alcanzar la época que él no vivió y que considera ingrediente esencial de la suya. La idea de Marías era hacerme ver que hay una lectura *in modo obliquo*, como decía Ortega, para poder entender determinadas realidades. Estos dos párrafos -vuelvo con ello al artículo de tan extraño título (*El origen deportivo del Estado*)- son una crítica del utilitarismo, del modelo de Estado utilitario, y yo tardé en verlo así porque lo miraba *in modo recto*.

AC: Si Laureano quiere intervenir.

LB: Por un lado el libro me ha fascinado, pero por otro lado me ha creado una cierta insatisfacción. Yo creo que si el libro lo hubieras elaborado siguiendo de manera muy documental la figura de Ortega, su circunstancia personal, familiar, su pequeño ambiente cuando vuelve de Portugal e incluso a través de una investigación más profunda, hemerográfica de la prensa de Madrid y Barcelona, el libro habría quedado más comprimido, con menos páginas, y creo que hubiera sido un libro más coherente. Yo creo que cuando empiezas a dibujar el tapiz, como ha dicho Ana con una metáfora muy afortunada, en un sentido muy amplio, el Tapiz en mayúsculas, la España de

la posguerra, el gran páramo, el libro se extravía un poco. A pesar de lo que dice García Posada, que la cultura del franquismo no era una cultura muy compleja sino que era muy larga porque el "viejo" no murió en la cama hasta los años 70, yo creo que era muy compleja. Lo que ocurre es que personalizamos excesivamente un país, una sociedad, una época. Habría que desmenuzar y utilizar términos más rigurosos. Me parece que realizas un compendio excesivamente mecanicista de la cultura de los 40, la primera posguerra, y la cultura de los 50. Son dos momentos en la historia cultural, social, política del franquismo en buena parte distintos. Dentro de unos años haré un doctorado sobre la figura de Ortega y su incidencia en la llamada Escuela de Barcelona y tengo tu libro en el disquette en la sección de bibliografía. Pero, a pesar de que me haya fascinado, el libro padece una contradicción. En la página 15 dices "durante muchos años uno de los elementos que caracterizó eso que, genéricamente, podríamos denominar el pensamiento progresista consistía en un desprecio absoluto, ontológico, hacia el franquismo como creador de ideología. Algunos nos preguntamos durante mucho tiempo, sin encontrar una respuesta idónea, por qué razón ese pensamiento progresivo no había tomado como referente polémico tampoco a Ortega, por ejemplo, ni durante la república ni durante el franquismo tardío. Ahora sabemos, algunos, que no era deficiencia de Ortega, sino una limitación de nuestro supuesto pensamiento progresista". Gregorio, tú no suscribes tu planteamiento inicial en las primeras páginas del libro. No analizas. Es difícil para gente de nuestra temporalidad histórica, de nuestra generación, nacidos en los primeros años 40 distanciarnos, pero creo que sería conveniente un cierto ejercicio de frialdad al analizar nuestras raíces, al analizar aquella época histórica. Tengo aquí un libro de un señor que tú citas, el famoso Félix Ros, suegro de Ridruejo, falangista de pro, hombre culto y, al mismo tiempo, acanallado, del año 44. Librito para estudiantes de bachillerato, *Prácticas de literaturas no castellanas*, y pone al lado de la literatura norteamericana, inglesa y francesa a la literatura catalana. Y selecciona textos de Narcís Oller, Josep Carner, Carles Riba... Y además pone los nombres en catalán, ¡en el 44! Creo que, a veces, nos movemos con esquemas un tanto inertes. Con eso no quiero justificar el franquismo - yo fui una víctima que tuvo que irse de España - lo que creo es que sería

conveniente, estamos ya a finales del siglo XX, observar con una mirada más fría lo que fue aquel período, más complejo de lo que los medios de comunicación periodística y los medios académicos actuales, que controlan el poder político y cultural, dicen, afirman, desarrollan. El otro día un amigo mío, famoso novelista, compañero de aula, dijo que hasta los años 60 era imposible leer en España a James Joyce. Pues bien, en el año 42 se publicó *Dublineses*, una edición espléndida además. Un falangista, Luis de Caralt, editaba en los 40 a Bernanos, a Steinbeck, a Graham Greene, a Faulkner... Él me decía en plan jocoso: "Yo, que soy franquista, estoy publicando autores extranjeros antifranquistas". Fue un período complejo que no deberíamos sintetizar mediante esquemas tan rígidos, mecánicos, inamovibles. Habría que matizar al máximo porque toda dictadura tiene su coartada y también su trampa. Franquismo, sí, un dictador. Es un paraguas y debajo del paraguas había muchos intereses. Estos grupos hegemónicos a lo largo de una secuencia histórica que es preciso verla en movimiento, como diría Ortega, son intereses que en algún momento se confunden, en otros momentos se enfrentan... Creo que eres injusto, por ejemplo, al hablar de Torrente Ballester. Me gustaría saber las razones. Pero Torrente Ballester publicó en el año 49 un ensayo extraordinario sobre la impotencia de la novela española por internacionalizarse. Una novela, dice, que "vive aislada", una novela que "está sumida en el total adanismo", una novela que todavía no se ha enterado de qué es el existencialismo. Ensayo que además publica un falangista, Torrente, en *Arbor*, la revista del Opus. Habría que matizar al máximo la conflictividad, el juego de tensión, las fusiones, conjunciones, diferencias, enfrentamientos entre las familias o elites de aquella época.

He hecho un poco de abogado del diablo, no me confundas con un nostálgico del franquismo. Pero, repito, García Posada en su artículo me parece que esquematiza excesivamente, aun cuando sin duda el franquismo fue muy largo, demasiado largo. Yo he vivido en el curso de mi vida el franquismo y, ahora, el pujolismo. El único vergel que viví fue Tarradellas y su catalanismo plural, solidario. Años de paréntesis -por desgracia muy breves- entre una dictadura áspera, durísima, y ahora un sistema conservador, excluyente, en Cataluña.

AC: Gregorio, cuando quieras.

GM: En primer lugar, a mí me parece muy bien, magnífico, poder discutir. Por supuesto, para ejercicios de laudatio bastan los ejercicios académicos al uso. Quiero decir, que yo creo que la vida académica española es en gran parte deleznable por esa tradición de los años 40 y 50. Creo que el cambio, la "ruptura", la vuelta atrás que se produce a partir del año 39 ha generado unas costumbres académicas heredadas de la tradición de la Iglesia. Cuando nos reunimos en el convento todos decimos que somos magníficos y cuando estamos fuera del convento, con el confesor, decimos lo canalla que es nuestro colega. Yo, que no tengo ninguna tradición religiosa y que soy no solamente laico, sino ateo sin equívocos, considero que es muy positivo hacer un debate y que las opiniones sean contrarias, incluso con enmiendas a la totalidad o enmiendas parciales.

Utilizando las expresiones de Bonet, es nuestra terrible, miserable o "gozosa" historia. Pero si este libro tiene algún sentido o no, es en función de que pueda abrir un camino de reflexión. Porque a nosotros para lo único que nos sirve es, en algunos aspectos, para flagelarnos más o menos, considerar si tal aspecto está bien situado o no y para hacer como un espejo de nuestro pasado.

Hay una cosa que decía Bonet en la que no voy a entrar porque esto es un tema muy del país, yo soy asturiano y estamos en la Universidad de Barcelona. Pero me parece importante señalarlo. La demagogia histórica que se está haciendo en estos últimos años a propósito de la lengua tiene una explicación también histórica. Yo creo que el hecho de borrar la huella de aquellos falangistas "catalanistas" de la época de los 40 de alguna manera, borrarlos de la historia, hace a todo el mundo puro, virginal y antifranquista desde pequeño. El otro día me contaron una anécdota que es más que una anécdota; es trascendente. Un famoso director del franquismo duro, de los años 40, cuando un joven periodista le preguntó: - O sea ¿que usted luchó con Franco en la Guerra Civil!- Él dijo: - Sí. Yo y cien mil catalanes. Por supuesto no lo escribió. Estas cosas para mí eran obvias, pero ahora leo unas cosas sobre un supuesto genocidio catalán que me parece de una desvergüenza inaudita, porque además aquí, con perdón, éramos cuatro y nos conocíamos todos. En esto no quiero entrar.

Pero ubiquemos el libro. El libro tiene un límite fundamental y está situado en febrero de 1956. Esto es capital porque a partir de febrero de 1956 hay un cambio de todo tipo; en el régimen, en la sociedad, en la economía... Pero hasta febrero del 56 el franquismo conserva unas características muy determinadas. Desde 1945, es decir; desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta 1956 el franquismo tiene unas características muy definidas. Yo creo que el intento de determinados personajes de la época, intelectuales como Lafín e incluso Torrente, de alargar el proceso y considerar que todo fue lo mismo desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta la muerte de Carrero, por citar un caso emblemático, es un error metodológico y suponiendo que fuera bien intencionado, que yo por principio no lo supongo, intenta siempre anular la responsabilidad intelectual, yo no diría política, de cada uno.

JG: Me llama poderosamente la atención que tiendas a subrayar lo que tiene de clave febrero del 56 precisamente en un libro que tiene la voluntad de desmitificar y procurar poner las cosas en su sitio desde el punto de vista histórico y con matices. Es decir; nada de lo que pasa después del 56 es explicable sin lo que ha ido pasando en secreto, en espacios reducidos.

LB: Sí. Yo estoy de acuerdo contigo. El cambio tiene lugar antes en el ámbito cultural. Precisamente en el 56 hay una cerrazón.

AC: Estamos en el meollo del asunto que es esa tesis del 56 como ruptura. Gregorio, a ver si nos convencen.

GM: No, convencer no. Ya estamos muy curtidos, todos tenemos ya una piel de elefante. Empiezo por una anécdota: el artículo que cita Bonet de Torrente. El artículo de Torrente a mí me parece deleznable. Pero, claro, es mi opinión.

LB: A mí me parece magnífico.

GM: Es una apreciación personal. Para lo último que vendría yo a la universidad es para discutir sobre un artículo de Torrente en la revista *Árbol*.

LB: Pero me parece que es un artículo con mucho sentido común.

JG: No sólo éste, sino muchísimas otras cosas que pueden citarse, por ejemplo, de la misma *Escorial*.

GM: Voy a intentar explicarme. ¿En qué sentido el mundo cultural de posguerra es un erial? ¿En qué sentido forma parte este erial de lo que se llama la ideología nacionalcatólica? ¿y qué es la ideología nacionalcatólica? El primero que desarrolla la teoría del erial es el propio Ortega con una expresión de la que hay dos versiones léxicas: -si tibetización o tibetanización... En definitiva, que España era lo más parecido al Tíbet por dos condiciones: una, por su aislamiento montañoso estaba cerrada, impermeable culturalmente. Y dos, por el peso que tenían los monjes. El peso de la iglesia en España era definitivo. Esta idea de Ortega del Tíbet pertenece a su último período. Como hoy sabemos había razones por las cuales el Ortega joven, arrogante y castizo, no es el mismo Ortega de esta decadencia que es un hombre muy cauto, calculador, temeroso, enfermo...

JG: ¿Pero en un país como la España de los años 40 es impensable que Ortega no actúe así!

LB: A mí me gustaría también hablar sobre el último Ortega porque dejó una huella aquí importantísima. Paradójicamente más importante que en Madrid. Era más admirado entre los jóvenes intelectuales de Barcelona que en Madrid.

GM: Una cosa es la tradición del valor académico y otra cosa es la tradición del valor intelectual. Esto me obliga a un exordio brevísimo: la diferencia, está planteada en el libro, entre Unamuno y Ortega y cómo enfocar la política. Unamuno y Ortega se equivocaron, prácticamente, en cantidad y calidad muy similar. Pero había una actitud muy diferente respecto a la política y respecto a cómo abordarla que es una cosa que no solamente tiene el valor de la inteligencia, sino el valor físico. Unamuno la aborda como es él, con grave riesgo de la integridad, y Ortega como es él también, con una enorme cautela y como el hombre temeroso que ha sido siempre. Ese Ortega de los últimos años acentúa, evidentemente, estos aspectos con un agravante que no conocíamos; está cobrando todos los meses de la universidad sin dar clases y esto no es humo de pajas en un momento en que la gente vive del estraperlo con una mano delante y otra detrás. Julián Marías sin ir más lejos. Yo estoy empezando a pensar que ni siquiera los hijos

conocían los cobros. Por determinadas cosas que estoy sabiendo ahora, después de la publicación del libro, me da la impresión que no todos los hijos sabían que su padre cobraba. Por supuesto, muchísimo menos Marías. En fin, esto son anécdotas. Volvamos al conjunto del erial. Cuando se define, la España de la época, que no la defino yo, sino el Maestro, como el Tíbet o como un erial, se está refiriendo uno a lo hegemónico, a lo dominante, a aquello que es en la ideología de la época, en la cultura de la época, lo más importante. Cito un ejemplo: en la discusión que organiza *La Vanguardia* para hablar de mi libro, Andrés Trapiello hacía una explicación genial de esto, formulada así: “-A mí no me importa nada lo de la hegemonía de la época, yo voy a hacer ahora un libro sobre esa época y Laín Entralgo ocupará línea y media o un párrafo, porque a mí no me interesa nada Laín”. – Lo que le interese a un tipo, en este momento, respecto a la época es su problema. ¡Pero que en el año 45, del 45 al 56, la figura de Laín Entralgo y de Antonio Tovar como intelectuales era indiscutible...! Podemos frivolar y hacer lo que queramos. ¡Y Javier Conde! Yo sé que en este momento un estudiante de derecho político que tenga que leer los libros de Javier Conde se espeluzna. Pero es que espeluznaría a todo el mundo si conocieran los textos que nosotros leímos. Esto es lo hegemónico de la cultura de la época que, evidentemente, no es lo mejor pero sí es lo más representativo del erial. Pero, ¿qué ocurre en ese erial? Evidentemente que hay un fondo que es la aparente contradicción que plantea Bonet. ¿Por qué Ortega no fue un referente en la izquierda y, sin embargo, es clave en el resurgir de una izquierda posterior al año 56? – ¡Es evidente!. Lo he vivido en mí mismo. Es decir; resulta que todos somos orteguianos, todos pagamos un peaje a Ortega en nuestra cultura y en el momento que nos radicalizamos y adoptamos una posición marxista, más o menos radical, Ortega queda borrado absolutamente, incluso como referente cultural.

JG: Pero Ortega no era un hombre de izquierdas.

GM: Pero es el referente cultural. ¿Es que no nos hemos dado cuenta de que una de las fragilidades que tiene la cultura de izquierdas en el franquismo es que es una cultura impostada? Que se discute sobre si Poulantzas dijo o Althusser dijo, pero no se discute sobre Ortega que es nuestra raíz cultural. Era más

importante debatir sobre Menéndez Pelayo que discutir sobre Plejánov, que era otro de los debates inefables de la izquierda de la época. Esto es muy importante porque a partir de febrero del 56, digo la fecha como un jalón, lo dominante, lo hegemónico en aquel momento no es la cultura nacionalcatólica. A mí lo que me sorprende, y esto es un reproche al mundo académico en conjunto, es cómo fue posible que aquello que nos ha hecho sufrir, que ha condicionado nuestra vida intelectual, familiar, todo, no haya una reflexión de fuste. Hay trabajos... Uno da al internet y aparece todo. Eso el maestro Tusell lo plantea reiteradamente, la inmensa bibliografía existente. Es verdad, yo me puse a trabajar sobre esa bibliografía y me desesperaba. Si uno quiere hacer un buen trabajo académico sobre el nacionalcatolicismo, aquí sí que hay una paradoja preciosa; hay muchos trabajos publicados y apenas ninguno que diga algo. Ésta es la cuestión, lo explicaba Bonet en su libro. Yo voy más lejos. Usted hace un buen trabajo sobre la cultura nacionalcatólica y sabe que en el tribunal que le va a juzgar está, si no el padre, el hijo de uno de los personajes encanallados. La vida académica y la verdad histórica se excluyen. Yo lo digo claramente. Si después de hacer este libro tuviera alguna ambición de tipo académico, evidentemente, ya la tenía derrochada. No es posible y hasta ahora, mientras no conste lo contrario, no se ha podido entrar a fondo en ese mundo. ¿Por qué? Porque se bloquea, es un mundo muy difícil el del nacionalcatolicismo. Porque es muy difícil separar ese comportamiento heroico, en muchos casos, a partir de febrero del 56 con el desparpajo totalitario anterior. Un paréntesis: una de las cosas más fascinantes de ese intelectual frágil de postguerra es que parece que no evoluciona. Queremos nacer, crecer y morir con una ideología fija. Cuando no hay evoluciones la gente se hiere muchísimo cuando le dices: - Oiga, usted hasta febrero del 56 era un fascista inequívoco. A partir de febrero del 56 usted descubre que hay una cosa que se llama el sufragio universal y la democracia y que es la única salida.- Es decir; por ejemplo, cito otro caso, Dionisio Ridruejo el primer debate que tiene, en febrero del 56, en la cárcel de Carabanchel, con la gente del Partido Comunista que está entonces allí es sobre la democracia. Por primera vez Dionisio Ridruejo se plantea que no hay salida desde el Régimen, no hay más salida que la democracia. Pero hasta febrero del 56 la dominante de la ideología

nacionalcatólica no era la democracia, sino un presupuesto totalitario, con elementos católicos. No había condiciones tampoco para ello, porque habían ganado la guerra con otras concepciones, que no eran precisamente las democráticas. A ver si nos aclaramos, porque esto en Cataluña se confunde en muchas ocasiones. Va uno a un debate con historiadores carlistas y se queda uno perplejo. En la guerra no hay buenos y malos, sino que están mezclados. Pero en la guerra habían dos bandos muy definidos: unos señores que luchaban por la democracia de determinada manera y otros que luchaban contra la democracia. Y esto es, absolutamente, inequívoco. Si no estamos de acuerdo con esto nuestra visión de la historia será diferente. Pero la gente que se levanta el 18 de julio es contra la victoria del Frente Popular y contra la democracia. Y esto lo especifica, con rotundidad, determinadas cartas de Ortega, algunas de las cuales están incluidas en el libro. Es una visión, un pensamiento liberal-conservador con reforzamiento del liberalismo y una merma del sentido de la democracia. Pero a partir de febrero del 56 todo esto cambia...

AC: Una pregunta. ¿A ti la brillantez de la hipótesis, a veces, no te fuerza un poco los datos? Es decir, como te interesa defender esta hipótesis, ¿no es posible que te niegues, inconscientemente, a ver algo sustantivo antes del 56?

GM: No. Yo no parto en este libro de una idea preconcebida. Hasta tal punto no parto de ella que tengo que parar el libro a la mitad porque la idea de la cual partía y la realidad eran diferentes. La investigación de los fondos del archivo de la Fundación Ortega y Gasset a mí me destrozan el esquema. Yo iba con una idea muy preconcebida y preciosa que era, qué casualidad, que Ortega entra en España en verano de 1945. Acaba de terminar la Guerra Mundial en Europa, perfecto. Un liberal que vuelve después del exilio, esa tercera España que no ha participado en la guerra civil y vuelve a una España nacionalcatólica. Y va a morirse cuatro meses antes de la gran crisis de febrero del 56. Crisis que tiene como emblema a Ortega.

JG: Como emblema, ¿en qué sentido?

GM: Como instrumento. Hasta el pasquín que se hace entre octubre y febrero del 56 con la propagan-

da de los escasos grupos democráticos de entonces es un pasquín que dice: Ortega y Gasset, filósofo liberal español. El esquema parecía perfecto. Y me dije: - Ya lo tengo. Un liberal que vuelve a la España nacionalcatólica y que me va a permitir redescubrir un liberalismo conservador español que había fracasado en la República y que ahora estaba allí.

JG: Pues la decepción te llevó exactamente al otro lado. La decepción de no encontrar eso, de no confirmar esa hipótesis.

GM: Pero es que no había ninguna prueba para confirmarla. Yo lo único que hice es coger lo que estaba allí.

JG: Hablamos del epistolario de Ortega, por supuesto.

GM: Ahora no se me va a achacar a mí que como me encontré allí una cosa muy desagradable... Yo no esperaba encontrármelo, ¡de verdad! Pensar, en primer lugar, que Ortega formaba parte de la gente que deseaba el 18 de julio era una idea que no formaba parte de mi cultura. Nadie me lo había dicho y el que diga lo contrario, miente. Y si lo sabían, lo sabían en su casa a la hora de comer. Esa idea de que había que terminar con el Frente Popular como fuera no era una idea que yo tuviera del talante de Ortega. Que Ortega colaborara con el franquismo durante la guerra civil, tampoco lo sabía. Sabía que sus hijos, con matices, habían colaborado como voluntarios, pero que ese Ortega que está en el exilio en el 45 escribiera al Ministro de Asuntos Exteriores, Serrano Súñer, para preguntarle si puede viajar o no puede viajar a Méjico. Es demoledor. ¡Un exiliado que está en Buenos Aires que escribe al ministro franquista para preguntarle si puede viajar a Méjico! No me pasé al otro lado. Simplemente, me quedé perplejo. Tuve una crisis que me duró más de un año. Estuve estancado, pensando en que había que reconstruirlo todo, años de trabajo, pero había encontrado un filón. En el lío que me he metido... Porque ahora van a decir: - Morán dice que todo lo que nos han contado hasta ahora es mentira - Y resulta que saco el libro y gente, como Tusell, dice que eso ya lo sabían todos. Ya me lo podían haber contado y me evitaban, por lo menos, diez años de trabajo. Tuve que enfriar mucho más los motores. Es exactamente al revés porque,

claro, si de algún modo todo, incluso el maestro, formaba parte del erial había que templar motores. El tono del libro que os puede parecer más o menos tendencioso, en ocasiones, lo hubiera sido mucho más porque el contraste entre el juego del bueno aunque menos bueno y el malo muy malo te permitía un juego dialéctico. Pero esto no. El fresco, en conjunto, resulta estremecedor. Pero también hay otras cosas, como, por ejemplo, lo que significa en la literatura de los años 50, la influencia de Sánchez Mazas que será, en mi opinión, muy importante para la literatura española posterior... El papel de Cela creo que es indiscutible. Hasta cuando se equivoca es un grande. ¿Qué peso tiene la poesía de la época? Ahora se dice que los grandes poetas de la época son los que empiezan: Blas de Otero, Celaya... No, no, el gran poeta de la época es Leopoldo Panero, padre. Que luego resulte que, independientemente de lo que diga Trapiello, es un poeta menor con mucha voluntad y una enorme cultura es otra cosa. Y ese poeta, ese Panero ratifica este erial cuando dice, siendo uno de los escasos lectores, con Cernuda, de la gran poesía anglosajona: - A mí no me ha influido ni Keats, ni nadie. A mí el que más me ha influido es José Antonio Primo de Rivera- Y era verdad, no impostura. ¿Es simplificador? Claro que es simplificador. Yo estoy analizando lo dominante. Si yo hiciera un trabajo del 56 a la muerte de Carrero o a la muerte del Caudillo evidentemente que los esquemas de análisis serían diferentes. ¿Por qué? Porque lo que era residual, minoritario y marginal hasta febrero del 56 se transforma en lo contrario, y la decadencia a partir de febrero del 56 del pensamiento nacionalcatólico es tan absoluta que esos años anteriores acaban constituyendo una especie de agujero negro.

JG: Mi desavenencia con el libro es de carácter global. Global porque pese a que has afirmado al principio que no ibas con una idea preconcebida, e incluso nos has explicado hasta qué extremo no lo era, creo que justamente el resultado del libro es una mirada muy parcial y muy sectorial a quince años de cultura española centrados, en tu libro, en el nacionalcatolicismo. Pero ahora mismo acabas de formular un juicio revelador: Dionisio Ridruejo como hipotético representante de un cierto nacionalcatolicismo con el que rompe en el año 56. Me parece una mirada muy poco matizada al modo de

resistirse al nacionalcatolicismo por parte de gente que está en el régimen o ha estado en el régimen y va muy lentamente dejando de estarlo.

GM: Pero ¿forma parte o no Ridruejo del conjunto de la cultura nacionalcatólica?

JG: Naturalmente que forma parte. La pregunta es ¿cómo forma parte?

LB: Yo no diría que Ridruejo forma parte de esa cultura. Yo diría que es un miembro cada vez más crítico, pero sin romper, de una cierta cultura falangista creyendo que puede cambiar algo, como Antonio Tovar.

JG: Laureano acaba de usar la palabra clave: falangismo, la evolución del falangismo que no es lo mismo que el nacionalcatolicismo. *Escorial*, por ejemplo, que es una revista importante de esos años... para confirmar lo que quieres decir tú, pero omites o al menos no te sirve cuando podría respaldar una cierta idea autocrítica con las posiciones que han ido adoptando hasta ese momento. E incluso te diría la *Revista de Estudios Políticos*, con Javier Conde a la cabeza, donde si uno va siguiendo los veinte años primeros de la revista se da cuenta de que ahí van apareciendo cosas de Enrique Tierno Galván, con mucho cuidado claro, de Gómez Arboleda, con mucho cuidado... Cosas que no son las que salen en la prensa de *El Español*, etc., etc. Quiero decir que hay niveles de lectura y niveles de aparición pública de la misma cultura oficial.

AC: Lo que pasa Jordi es que estamos en lo de antes. Morán ha querido resaltar sólo las líneas dominantes.

JG: Gonzalo Pasamar en su *Historiografía e ideología en la postguerra española*, libro muy bien hecho, sabe describir y definir el nacionalcatolicismo, cómo manipuló la historia y qué tipo de criterios estuvieron funcionando para escribir la historia desde el presente y revisarla.

GM: No comparto eso. El libro de Pasamar no está mal, pero es un libro muy limitado, muy cargado de esa pesadez académica, lamento decirlo, en la cual el hombre no puede hacer apenas comentarios sobre

autores vivos porque se los encontrará en la próxima convocatoria del tribunal de oposiciones. En general en el mundo académico las cosas se diluyen.

LB: Yo quisiera subrayar un aspecto un poco al hilo de la discusión. Estoy de acuerdo con Gregorio en relación a que el nacionalcatolicismo como cultura fue un fracaso. Por ejemplo, algo que a mí siempre me ha intrigado y tema al que me gustaría dedicarle un artículo en un futuro, con carácter académico, con perdón, es el fracaso de una novela católica española. ¿Por qué razón en España fracasa la novela católica cuando se traduce a Graham Greene o Mauriac? Cuaja, en cierto modo, una poesía católica menor, como indicas en el libro. Pero no cuaja ni un teatro católico ni una novela católica.

GM: Es una paradoja similar a por qué en un país como éste no ha funcionado nunca un partido católico, demócratacristiano.

JG: Aranguren decía que precisamente este catolicismo perverso en el que había vivido España durante tanto tiempo impedía de verdad una literatura capaz de autocrítica...

LB: Hubo intentos en los cincuenta, pero fracasaron.

FL: Tenía pensadas un par de preguntas. El antes y el después de la guerra civil y si eso significa que haya dos Ortegas. Me parece que Gregorio da por supuesto que sí, pero en esto sigue a una mayoría de gente que supongo han debido influirle bastante. Si se dice que Ortega se ha acabado en el 30 hay que demostrarlo. Esto lo ligo con la primera pregunta: ¿Por qué la juventud de los años 40 no atendió ni, en consecuencia, entendió a Ortega? Porque tal vez lo que trataban era de simplemente aprovecharlo. Los nacionalcatólicos, evidentemente, no tuvieron el menor interés. Ortega, en un artículo muy conocido y peor citado "*Nada moderno pero muy siglo XX*", ya lo dice: "No me llegan los dardos que me llegan desde el siglo XIII". Para él lo suyo es el XIX, la modernidad. Yo no lo he visto en el libro, pero el tema de Ortega y la democracia lo tocas muy de pasada, y sin embargo es un tema importante. Escribe en 1917 *Democracia morbosa*, y en el capítulo segundo de *El Espectador* recoge unas cosas muy interesantes donde distingue

el liberalismo de la democracia, y lo distingue bien, cuando habla de la *idea de los castillos*.

LB: Este artículo influyó mucho en el grupo de Barcelona. Aunque por lo que dices la juventud de los años 50 no atendió ni entendió a Ortega. Yo lo matizaría situando al grupo cultural de Barcelona, los Sacristán, Pinilla de las Heras, Juan Ferraté, Castellet, García Borrón, Gil de Biedma... Sacristán se plantea las raíces orteguianas del falangismo, cuando Sacristán estaba todavía en falange, o sea, el planteamiento de una gran tensión conceptual en torno la democracia y liberalismo. La bipolaridad democracia y liberalismo se convirtió en uno de los temas de discusión entre esta gente cuando tenían 18/21 años... Y García Borrón escribió un artículo a propósito de este ensayo, y por otro lado aun cuando sea un espacio temático muy concreto a mí me apasiona la influencia de Ortega en la reflexión poética y estética del grupo de Barcelona, por ejemplo la plasmación del primer capítulo de los *Papeles sobre Velázquez*, a mí me ha sorprendido, es un ejercicio de semiología que fecundó el pensamiento estético y la primera poesía de Gabriel Ferrater, de Jaime Gil de Biedma, y es un ensayo espléndido.

Y a partir de este último Ortega, surge la reflexión sobre la llamada poesía de la experiencia. O sea que no debiéramos desdeñar el último Ortega, en el caso del grupo de Barcelona; en Madrid era diferente.

JG: Pero yo no creo que esta influencia ilumine precisamente el papel que pueda cumplir Ortega. El libro tiende a la caracterización de la figura de Ortega, y cuando digo caricaturización lo digo pensando en el énfasis y sobre todo la desproporcionada atención que tienen en el libro aspectos risibles de la figura humana de Ortega, frente a lo que probablemente supone Ortega, el pensador español del siglo XX, con Unamuno o quien quieras poner ahí, de mayor relevancia. Y me parece que el peso que tiene la figura humana tratada como lo haces, subrayando cosas que nos divierten o nos pueden divertir, se hace a costa de la verificación de cosas como lo que acaba de señalar Laureano. A mí, los *Papeles sobre Velázquez*, me parecen cuando menos interesantes y desde luego no merecen las líneas, que no las recuerdo exactamente, pero que son contundentes contra el libro.

Eso, por una parte, y por otra, la segunda cosa que quiero decir tiene que ver con algo que ha salido varias veces y es tu desconfianza, tu recelo, y tu menosprecio razonado, pero menosprecio, por la bibliografía académica. Es verdad que tiene limitaciones, seguramente tiene ventajas también, pero que me parece más aprovechable desde otro punto de vista; ¿por qué los historiadores profesionales no hemos sido capaces de plantear el debate con un libro legible y no con prosa precisamente académica? Un tema tan apasionante como éste, y esto es un mea culpa, revela la fractura existente entre el mundo universitario y el lector culto, y eso lo salva este libro, sólo que a costa de matiz, ponderación y voluntad de percibir aquello que no es inmediato, y para mí es el reproche más inevitable. Y si Paco ha enseñado la cantidad de notas, yo también tengo muchísimas, pero en realidad es siempre el mismo reproche: ¿no es que no fuese verdad lo que hay allí, pero no era toda la verdad! Y la pregunta de ¿por qué no se ha ido a mirar esto también?, que hubiese corregido, matizado o equilibrado un determinado perfil.

LB: Bueno, y volvemos a la contradicción, que en la página que antes he citado criticas a la cultura progresista por su cerrazón analítica de la cultura del franquismo y de algún modo caes en el agujero, tú te contradices, acusas a la crítica progresista de nuestra generación de no analizar la cultura del franquismo, pero luego, tú tampoco llevas a cabo este ejercicio.

GM: Y esto qué es (señalando su libro).

LB: Pues, un libro apasionante pero muy injusto.

JG: Yo también lo creo.

GM: Vamos a ver señores. El libro podrá ser bueno, malo o regular, es un libro, y está dedicado a la cultura del franquismo. Ahora, no me digáis que no le he dedicado nada a la cultura del franquismo, llevo diez años trabajando en él.

JG: No, no, Laureano lo ha dicho: analizar.

AC: Habla de comprender.

LB: A veces haces una especie de juicios poco sedimentados, diría yo.

GM: No, poco sedimentados no. Que no coinciden con los juicios que puedas tener tú. Por ejemplo, mi apreciación sobre el artículo de Torrente Ballester es tan legítima como puede ser la tuya. A ti te parece que le maltrato, pues no. A mí un tipo que es el analista teatral más importante que hay en España en aquel tiempo que hace un análisis vergonzoso de la *Muerte de un Viajante* de Arthur Miller, que es evidentemente una obra memorable, pues...

JG: Pero utilizar eso para descalificar la trayectoria de Torrente...

GM: No, no, ¡pero cómo! Yo no descalifico nada, se descalifica él a sí mismo. Oye, perdona, tiene una *Historia de la literatura* que es fundamental, que es donde reprocha a todo el mundo que José Antonio no esté incluido como uno de los prosistas importantes del siglo XX, ¿entonces...?

LB: Al lado de estas páginas de José Antonio hay unas páginas tremendamente lúcidas sobre Clarín, ¿no?

JG: Exacto, eso es. Es verdad que ese dato es innegable, el de José Antonio, y que tiene muchas cosas deplorables, pero tiene otras tantas muy perspicaces...

LB: Descubre a Clarín.

GM: ¡Cómo que descubre a Clarín!

LB: Sí, porque era una de las bestias pardas del franquismo.

GM: No lo comparto. Es lo mismo que decir, hombre, Riduejo descubre a Machado. Descubre a Machado en un prólogo deleznable, en el cual hay aspectos positivos. El prólogo de Dionisio Riduejo a la *Antología de Machado* es puro nacionalcatolicismo, del más bestia; es fascismo genuino.

LB: Pero es que tú te confundes, o es fascismo o es nacionalcatolicismo.

GM: Perdona, pero es que el nacionalcatolicismo es la forma española del fascismo, así de claro.

LB: Gregorio, pero a la altura del año 48, cuando Torrente dice: “- El pensamiento europeo actual ha tomado posiciones frente al existencialismo, opuestas o favorables. Nosotros los españoles las ignoramos”. Bueno hay que quitarse el sombrero. Lo siento Gregorio.

GM: Es impresionante, es de una agudeza...

LB: Dice: “-La vida actual es insegura y angustiosa y el tiempo es el gran tema”. Es un fragmento interesantísimo.

JG: Puestos a citar me acuerdo de una cosa de Torrente, es del año 40, que dice: “-Cuidado porque las cabezas están fuera”.

LB: “Los exiliados, los transterrados hay que recuperarlos”; hay anticipos del famoso ensayo de Aranguren.

JG: Yo no lo digo para matizar el liberalismo de Torrente en ese momento, no es esa la idea. Es decir, que no es una caja tonta todo lo que aparece en ese momento, y que hay matices sustanciales que permiten clarificar y ubicar en un lugar o en otro a gente tan distinta como ésta. Antonio Tovar, fascista al principio pero laico, no católico, pues, ¡pocos estaban en esa cuerda! Los ataques más violentos al Opus Dei son suyos.

GM: ¿Por qué laico?

JG: No religioso.

GM: No, no. Católico poco practicante, querrás decir. Porque laico es aquella persona que no es religiosa.

JG: Bueno, ahí estamos en el eje de este libro. Si uno entiende que en los años 40...

GM: ¡Es que ya es la segunda vez que escucho lo de Tovar! Claro que, por supuesto era laico en su casa a la hora de comer, pero en su vida intelectual, como rector, como intelectual, como escritor, forma parte del pensamiento católico de la época.

JG: Y no obstante ataca abiertamente al Opus Dei porque es el integrismo católico instalado en la Universidad y en el CSIC.

GM: Ataca al Opus Dei no porque sea integrista, no. Ataca al Opus Dei por Opus Dei. Por integrista no, porque entonces sería: yo soy un liberal católico frente a un integrista, y eso no es verdad. Claro, es que hay una corriente que dice: “-Tovar era laico”, hombre, de los católicos de la época era el más tibio... pero ¡a qué llamamos laico! Laico no lo podía ser nadie, salvo Ortega.

JG: Pero hay que contar con el fingimiento o no se entiende nada de los años 40. La gente fingía.

GM: Pero entonces estamos otra vez con el tacitismo.

JG: Sí, claro que sí. Que Tierno Galván pudiese escribir en la *Revista de Estudios Políticos...* y fingiendo, y pactando y mintiendo...

GM: Pero, el Tierno que escribe en la *Revista de Estudios Políticos* es un Tierno que no es el mismo que después del febrero del 56, es decir, que es un Tierno que debe mucho más al pensamiento fascista de Carl Schmitt que cualquier otra cosa. Tierno formaba parte del sistema, ¡amigo mío!

JG: Naturalmente, como todo el que escribía o estaba a sueldo de la universidad, ¡todos!

GM: Menos uno

LB y JG: ¿Quién?

GM: Ortega y Gasset.

LB: ¿Por qué?

GM: Porque Ortega era el único laico oficial.

JG: ¡Ah, ves! La imagen pública entonces.

GM: Pero qué es un intelectual sino también una imagen pública, un hombre que produce y que además es un referente. Ortega es el referente cultural de la época.

LB: Ortega no estaba incardinado en el mundo académico español.

JG: Claro.

LB: Tú lo subrayas constantemente.

GM: Perdona, pero no es incardinado o no en el mundo académico, es que no era posible en la sociedad ser un laico.

JG: Por tanto había que apreciar aquellos rasgos pequeños que significan la diferencia y otra cosa...

GM: Eso reconocerás que tiene menos que ver con la cultura y más con lo que se llama la confesión católica. Encontrarse un tipo que en su referente íntimo diga: "-yo soy...".

JG: No, no, no... no estamos hablando de lo mismo. Estamos hablando de cosas escritas en las que es apreciable la discrepancia.

GM: Visto con ojos de hoy, amigo. En el mundo intelectual español nosotros hemos inventado intelectuales. Los hemos inventado, ¿por qué? Porque la ausencia crea presencias.

JG: Ah, esa es otra historia. Los enemigos auténticos de este libro son los memorialistas de entonces como Laín Entralgo. Pero no deberían haberlo sido en la medida en que lo son, porque el mundo académico o los historiadores han reescrito en los últimos veinte años esa historia.

GM: Hay un momento que para mí es el más patético de Ortega, que de verdad merecería un cuento, -es un cuento a la manera de Chejov-, es cuando Ortega, en el año 52/53, está en una de sus crisis depresivas más brutales. Un hombre que no se puede levantar de la cama, no responde la correspondencia, la mujer está en Madrid, él está solo en Lisboa con Moreira, su secretario que por cierto todavía vive con noventa y pico años, y él, que acaba de salir del hospital psiquiátrico, le manda una carta a Marías, claro, porque no tiene más que al pobre Marías, y le dice, "pues estoy jodido", además hablaba mal... "estoy hecho un asco...". Y entonces a Marías no se le ocurre otra genialidad que mandarle una repuesta al Maestro

diciendo: "-Tranquilo, don José, ¿por qué no se viene con nosotros a unos ejercicios espirituales en Ávila?". Esto, vamos, yo soy un maestro laico, ateo... y es desolador. Como para preguntarse: "Bueno ¡que alumno me he echado!". ¿Cuál era el drama de Ortega? El drama de Ortega era éste: "tengo lo que tengo, no tengo más".

AC: No, no. Son algunas de las mejores páginas de tu libro, un Ortega aislado, enfermo, viejo, solo... Las mejores páginas de tu libro.

GM: Tampoco fue tan desgraciado y señalo algunos aspectos, por ejemplo, el texto, el erotismo que encierra el prólogo crepuscular a *El Collar de la paloma*, del viejo que además recuerda esa frase que para una feminista es una bestialidad, pero que es una frase tan orteguiana, que dice: "-Las mujeres son tantas y nosotros uno solo". Esa idea orteguiana, ese hombre acabado.

Yo cuando preguntaba a la familia, ¿se deprimía? "Mi padre, ¿deprimirse?" Bueno, no pregunto más. Pero además me miraban con un desprecio... Vi a los tres, pero a todos les hice preguntas similares, y una es, "qué recuerdo tenían los hijos de su padre" "Mi padre, ¿deprimirse?". Pero me lo dijo con un desdén, como diciendo: "no haga preguntas imbéciles". ¿De qué vivía su padre? Más o menos todos sabemos lo que es vivir de los libros, y me dicen: "-De los libros"- De los libros, pensé yo, imposible. Que me dijeran, es que tenemos una fortuna familiar, o como la empresita que tenía Baroja, tierras. Pero no todo el mundo lee de la misma manera, Eugenio Trías dice que en algunas ocasiones resalto en exceso la figura de Ortega y que queda en ocasiones demasiado bien. No lo creo, pero para la generación de ellos no sé. Para la mía, la imagen que teníamos nosotros de aquel Ortega era un bloque. Ortega aparecía esplendoroso siempre porque se le contemplaba subido a una peana.

(Edición de Santi Bonet Camprubí)